

LOS DEMONIOS DEL EVANGELIZADOR

Artículos Publicados en la Revista Misión Abierta
GONZALO FERNANDEZ SANZ cmf.

SUMARIO DE ARTÍCULOS:

1. El demonio de la **Confusión**.
 2. El demonio de la **Depresión**.
 3. El demonio de la **Impaciencia**.
 4. El demonio de la **Ineficacia**.
 5. El demonio del **Individualismo**.
 6. El demonio de la **Planificación**.
 7. El demonio del **Profesionalismo**.
 8. El demonio de las **Rebajas**.
 9. El demonio de la **Rutina**.
 10. El último **demonio**.
-

1. EL DEMONIO DE LA CONFUSIÓN

Hay algunas cuestiones de actualidad que calientan el ambiente pero que, por lo general, no paralizan la acción: las consecuencias que podría tener para la Iglesia católica la ordenación de mujeres, la repercusión del nuevo Catecismo Universal o la política de nombramientos que sigue el Vaticano. Hay otras cuestiones, sin embargo, que, aunque menos jaleadas por los medios, suelen ser las que confunden la fe de los evangelizadores de hoy y merman su entusiasmo. Son aquellas que generan primero perplejidad, luego inseguridad y, finalmente, parálisis. Aquellas que son producidas por el «demonio de la confusión» y que necesitan ser derrotadas.

¿Cuántos evangelizadores se sienten hoy perdidos y sin saber con qué carta quedarse en medio de la sobredosis de informaciones y opiniones sobre todo lo que sucede? Quisieran ser fieles al Magisterio, pero también a la gente con la que viven. Y no saben si tienen que defender a capa y espada la «*Humanae Vitae*» o combatirla abiertamente (porque bastantes les dicen que está desfasada). O defenderla en la teoría y atenuarla en la práctica. Se dan cuenta de que muchos bautizados están lejos de la comunidad, y se preguntan si tiene sentido seguir haciendo lo que hacen o es preciso dar un golpe de timón y empezar desde otra clave y hasta desde «otra iglesia». Les cuesta decir una palabra precisa y convencida sobre el infierno, la confesión de los pecados mortales en número y especie, el papel concreto del ministro ordenado en la comunidad, la oración por los difuntos, las técnicas de reproducción asistida o la financiación de la Iglesia.

A veces se sienten más en sintonía con un editorial de «El País» o de ABC que con las pastorales de su obispo. Consideran que la Iglesia tiene que mojarse con los pobres y avanzar hacia un modelo mucho más participativo, pero no excluyen que el futuro pueda

estar en la «pastoral de certezas» que desarrollan algunos movimientos restauracionistas. En las discusiones públicas exhiben posturas fuertes -y hasta tozudas-, pero, a veces, en la soledad de su conciencia se sienten totalmente confundidos.

Todos tenemos nuestros puntos de referencia personales en el mar de la complejidad, porque no podemos permanecer por mucho tiempo completamente perdidos. A veces nos aferramos a la opinión de una persona que nos merece confianza, o a la línea de una revista, o a lo que siempre se ha hecho en el pequeño círculo en el que nos movemos. Pero, ¿es así como se derrota el demonio de la confusión?

La complejidad es normal en una sociedad abierta. Donde hay libertad de pensamiento y de acción hay complejidad. Y también debería ser normal en una Iglesia que cree en el Espíritu Santo y en la madurez de sus miembros. La complejidad sólo se torna demoníaca cuando la afrontamos equivocadamente. Por ejemplo, cuando queremos matarla a base de ideas tajantes y unilaterales: «Lo que le hace falta a la Iglesia actual es más disciplina», «Mientras no seamos más pobres no hay nada que hacer». Extremismos de este tipo reaparecen una y otra vez en personas que no toleran una vida «de tamaño humano». Pero sabemos de sobra que «el todo o nada» es la artimaña psicológica que nos exime de vivir humildemente el «cada día tiene su afán» (Mt 6,34). Los que siempre tienen una fórmula para arreglarlo «todo» y recelan de los esfuerzos parciales y constantes suelen ser los más inútiles para hacer «algo».

Cuando el demonio de la confusión no se ceba en personas psicológicamente incapacitadas para la «verdad abierta», hay caminos para combatirlo. Jesús no ha dejado huérfana a su comunidad. Le ha regalado su Espíritu para que nos vaya guiando «hasta la verdad completa» (Jn 16,13). La fe en el Espíritu es el antídoto más eficaz contra el demonio de la confusión. Pero hay, además, algunos medios que la concretan.

■ El *estudio* impide que los tópicos nos maten. «¡Triste época la nuestra! -decía Einstein-. Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio». ¿Resultaría demagógico afirmar que el estudio es, en tiempos de confusión, una forma de amor? Y si la perplejidad permanece después de haber hecho un esfuerzo de profundización, siempre nos queda la terapia del humor, que es otra forma respetuosa y modesta de acercamiento a la realidad.

■ Las *palabras del Magisterio, de los santos de ayer y de hoy y de los teólogos* que se esfuerzan por buscar la inteligencia de la fe son palabras «mayores» que nos aúpan sobre nuestra pequeñez personal. Ignorarlas, despreciarlas o contraponerlas sistemáticamente nos convierte en inútiles «descubridores del Mediterráneo».

■ Sólo cuando estamos convencidos de que *la «verdad del amor» es la que «no pasa nunca»* (1 Cor 13,8) podemos buscar verdades menores sin perdernos en el relativismo: «No hay ningún viento favorable para el que no sabe a qué puerto se dirige» (Schopenhauer).

■ Procurar el *diálogo* y abrirse a «lo otro» (a otros movimientos, a otros periódicos, a otras edades, a otras culturas) nos ayuda a ensanchar nuestra mente y a descubrir la verdad que libera, no la que nos ata a pequeños idolillos personales.

Son medios al alcance de la mano. Renunciar a difundir el evangelio hasta que todo esté claro es dejarse seducir por un diablo que sólo busca que el nombre de Jesús no sea pronunciado. La verdad «se hace» en el riesgo de la búsqueda humilde, compartida y constante. También el *learning by doing* puede ser un principio del buen evangelizador.

2. EL DEMONIO DE LA DEPRESIÓN

Querido Juan:

No me preguntes más veces por qué con cara de extrañeza. Tú te has deprimido a los cinco años de ordenarte y ya está. Me aburre hasta el hastío tu retahíla de explicaciones psicológicas. Estoy harto de que me cuentes mil veces la misma historia y acabes echándote a llorar. Son casi las doce de la noche. No quiero perder ni un minuto más atrapado en tu torbellino.

Ya sé que no esperabas este tono. Pero, ¿qué quieres que te diga? ¿Qué te animes un poco? ¿Que vayas al cine y que no dejes las pastillas? ¿Que detrás de la tormenta viene la calma? ¿Que esto le pasa a casi todo el mundo? ¿Que es cuestión de paciencia? ¡Vaya manera de marear la perdiz! No sé si tienes una predisposición genética, si eres víctima de una atmósfera deprimente o si has sucumbido bajo el peso del estrés. Lo que sé es que eres un incurable idealista. Tienes del evangelio, de la gente y de ti mismo una imagen de poster de Paulinas. Te atiborras de libros en los que Jesús aparece como un hippy correcominos, preparas celebraciones de alucine, proyectas una comunidad comprometida ... y luego te deprimes porque nada es como lo habías imaginado. ¿Me puedes decir qué tipo de empujón necesitas para caerte de la nube? Lo tuyo, Juan, es un idealismo clerical en grado sumo. No me vengas con pamplinas a estas alturas.

Bien, ahora puedes volver a repetirme tu pliego de descargos. Es tu turno. Me creo lo de que estás hecho polvo sin tener nada, lo de la falta de suelo debajo de los pies y hasta los intentos fallidos de suicidio. Admito lo duro que se te hace saltar de la cama por la mañana y la frecuencia de tus llantos incontrolables. Sí, ya sé que Dios no te dice nada y que todo te suena a hueco. Nadie te comprende. La Iglesia es una casa fría y el ministerio una calle cortada. Los psiquiatras no dan una a derechas y la medicación crea dependencia. El otoño agudiza la melancolía, echas de menos un abrazo y tú eras muy feliz hace tres años.

Juan, necesitas un exorcista como el comer. Te ha visitado el demonio de la gente sensible, activa y buena. Ha hecho de tus aspiraciones nobles un idealismo sin alma, aéreo y desencarnado. Te ha separado de la gente que te rodea presentándotela mediocre y roma. Explota tu sensibilidad con vaivenes anímicos que usas como arma arrojadiza. ¿Y todavía quieres que nos andemos con contemplaciones? No empieces otra vez con que tú no te ordenaste para estar en un despacho y confesar después de la misa de diez. Tampoco creo que te ordenaras para ser un curita querido por un grupo de gente encantadora, madura, teológicamente formada y con un serio compromiso social. Estos rasgos que tú has leído más de una vez, quizá en esta misma revista, te han hecho daño. Los has visto como ve un adolescente la foto de su chica, no como Jesús ve a su comunidad. La mayor parte de la

gente que existe, Juan, (incluidos tus superiores) no es madura, ni está teológicamente formada ni tiene un serio compromiso social. Así que ya puedes ir borrándote o creando una nueva secta.

Por abandonarte a sueños de laboratorio (llamarlos evangélicos me parece una perversión semántica), te estás separando del Jesús que se ha hecho carne y que ha elegido a Pedro, a Mateo y a Judas. ¿Te enteras? A Pedro, a Mateo y a Judas. Después de estos no creo que sea un pecado que haya elegido a tu obispo o a tu párroco. Estás dejando de ofrecer tu enorme capacidad de cariño a gente normal y encantadora como tú, sólo porque no encajan en tu concepción comunitaria, o porque no son una alternativa de futuro, o una iglesia de los pobres, o una comunidad orante, o yo qué se qué etiquetas manejarás ahora.

¿Te parece honrado prolongar tu depresión cuando dispones de una capacidad de ternura que se está pudriendo? ¿O acaso reservas el ejercicio de tu ministerio para la Jerusalén celeste cuando se te ha concedido para la Iglesia esta? ¿Vas a levantarte con brío sólo cuando sea verano, aparezca un pajarillo en tu ventana, suene una música deliciosa y te brote espontánea la sonrisa?

Nunca he sido tan claro contigo, Juan. Y no sé si me atreveré a serlo en otra ocasión. Pero no encuentro otro modo de reaccionar frente a este diablo. Sabes de sobra que te aprecio: para decirte esto y para ir mañana al cine. Todo lo demás está en tus manos y en ese Espíritu que se te escapa hasta por las lágrimas. No mendigues sonrisas cuando tú tienes unos labios capaces de regalarlas.

3. EL DEMONIO DE LA IMPACIENCIA

Querido compañero de fatigas:

Por si añade algo a la lista de tus insatisfacciones pastorales te diré que los musulmanes ya nos han superado. Van a ser ellos los primeros en franquear la barrera de los mil millones. Y eso que nacieron siete siglos más tarde. Los cristianos católicos nos conformaremos con la medalla de plata. Hasta ahora, como sabes, sólo el colectivo estatal chino había superado ese techo.

Ya sé que estas cifras te traen al fresco. Mucho me temo que refuercen incluso tu arraigada mentalidad ecumenista. Intuyo tu reacción. Si lo que importa es que Dios sea amado, ¿a qué vienen exhibiciones de rancia competitividad confesional? Los casi mil millones de musulmanes no son números rojos en la cuenta del Reino. Son un activo de fe y de coherente «sumisión». Hace tiempo que no sientes la necesidad irrefrenable de anunciar a Jesucristo a los que ya creen (¡y cómo!) en Dios. Te ha sacudido algo la «Redemptoris Missio», pero no lo bastante como para cambiar radicalmente de actitud.

Tus preocupaciones se ajustan a mundos más menudos. Lo que te quita el sueño es la tardanza con la que cambia la gente de tu entorno. Perdona si el verbo «cambiar» te

parece inadecuado. Es el que tú mismo usaste la Cuaresma pasada para traducir el viejo «convertíos». Lo usaste con indignación y revanchismo. Lo usaste a pesar de que algunas palabras de Tony de Mello te habían prevenido en contra: «No cambiéis. Cambiar no es ni posible ni deseable. Dejadlo estar. Quedaos como estáis. Amaos a vosotros mismos tal como sois. Y el cambio, si es que a fin de cuentas es posible, ya tendrá lugar por sí mismo, cuando lo quiera y si lo quiere». Pero, entonces, ¿en qué consiste la tarea de un evangelizador? Te irrita que a estas alturas puedan llevar razón los que siempre han acusado al cristianismo de mantener el orden establecido.

¿Me permites poner nombre a alguna de tus impacencias? Si te he escuchado bien, no acabas de entender por qué los chicos de confirmación, por ejemplo, tardan tanto a madurar. Te parece que no hay proporción entre el esfuerzo invertido y los exigüos resultados. Pero, ¿qué es lo que, en realidad, te preocupa: que pasen de Jesucristo, o que sigan gastándose diez mil pelotas en un par de Lewis después de haber dedicado todo un trimestre a trabajar la solidaridad cristiana? ¿Andas de veras inquieto por su felicidad personal o lo que te preocupa/molesta es que de veinticinco confirmados sólo cuatro continúen en el grupo? ¿Te preguntas si el Espíritu está con ellos o sientes/sufres que, un año más, se ha producido un fracaso estrepitoso?

Si te digo que utilizas baremos inapropiados o que eres un impaciente te vas a enfadar. Y vas a alegar en tu descargo tres razones tumbativas. Primera: «Mira, majo, el evangelio o se concreta en gestos o se evapora». Segunda: «Yo no pido resultados empresariales, pero sí un poco de coherencia». Tercera: «¿En qué consiste entonces la urgencia del Reino?».

Volverías a enfadarte, y hasta puede que me llamasés fundamentalista, si te espetara lo de «Mil años son para el Señor como un día y un día como mil años». Si te hablo de que la fe es un proceso me escucharías con más atención. Te parece un lenguaje sugerente, más atado a la realidad, pero tampoco acaba de serenarte. El problema radica -disculpa si yerro- en que no estás internamente resuelto a no recolectar lo que has sembrado. Te confieso que, en parte, estoy de acuerdo contigo. Trapicheamos demasiado con el evangelio como para que, encima, emitamos mensajes que parecen defender el «ancha es Castilla». Pero debemos ir más lejos. Tú y yo sabemos que el diablo experto habita en terrenos casi verdaderos. La pura mentira se desenmascara pronto. Pues aquí, en este razonable terreno de los frutos rápidos en relación con las semillas plantadas, se esconde un diablo.

Vamos a ver: ¿qué es exactamente lo que Jesús nos ha encargado y que con tanto fervor defendemos? Una respuesta sencilla es que vivamos con la mayor autenticidad posible este hoy. Aquí sí cabe un examen lúcido acerca de nuestras mentiras. Pero respecto de los resultados Jesús no se comporta como un hombre de negocios. Sabe que con nuestras preocupaciones no podemos añadir ni un solo día a nuestra vida. Y cuando habla de talentos alaba el riesgo, no la cantidad lograda. Su criterio «empresarial» es claro: «El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

Me despido de ti no sin antes desearte que disfrutes con la medalla de plata. ¡Ah, Dios suele encargarse del mañana!

4. EL DEMONIO DE LA INEFICACIA

En España son ya más de 40.000. Sus honorarios van desde «la voluntad» hasta las 15.000 ptas. la media hora. No están diplomados en ningún centro superior, pero sus artes son casi tan viejas como la humanidad y cautivan cada vez a más personas. Suelen tratar de la salud, del dinero y del amor: las tres preocupaciones sempiternas de los humanos. En la estación de Chamartín, en Madrid, no hay capilla de ningún tipo, pero algunos hace ya años que instalaron un centro. En esta cultura superficialmente secularizada ellos representan el «retorno de los brujos» (Pauwels-Bergier), aunque prefieren llamarse astrólogos, adivinos, videntes, pitonisas, magos, o, simplemente, echadores de cartas. Parecen surgidos para rellenar los huecos dejados por los sacerdotes en estos años de penuria vocacional: «Un sacerdote menos, mil pitonisas más» (Bernanos). De entre las muchas razones por las que la gente acude, aunque probablemente dejará de hacerlo pasada la moda y desenmascaradas sus tretas, hay una que perturba especialmente al evangelizador cristiano: para muchos, los brujos son eficaces. Pueden diagnosticar un cáncer y el gordo de la lotería, predicen la victoria del Barça y el número de escaños que perderá el PSOE, casi siempre dicen cosas estremecedoras y muy concretas en el terreno de los amores. Nada de esto se suele encontrar en las celebraciones cristianas, que parecen naufragar siempre en mensajes muy genéricos, muy repetitivos y muy ineficaces acerca de Dios, del amor al prójimo y del compromiso por un mundo mejor. Entre «Amaos unos a otros» y «Conviene que usted se opere cuanto antes de un incipiente cáncer de mama» no hay duda posible. Lo concreto acaba imponiéndose.

Esta pugna entre la «eficacia mágica» (concreta, inmediata, al alcance de la mano) y la «ineficacia evangélica» (abstracta, retardada e indomesticable) es tan vieja como el cristianismo. Es uno de nuestros demonios familiares. Puede revestir formas groseras o formas sutiles. Las últimas son las que más descolocan al evangelizador. En su versión más desnuda se encuentran ya formuladas en el capítulo 4 de Marcos, que es como un minitratado sobre las crisis del evangelizador. Aunque aparezcan en primer plano las respuestas parabólicas de Jesús (el sembrador, la semilla que crece sola, el grano de mostaza), detrás de cada una de ellas hay una crisis discipular que conviene sacar a la luz.

Las crisis, y sus respuestas, se pueden reducir a tres. Primera: «Esto del evangelio no es tan eficaz como parecía» (o de cómo la fe se confunde con la magia cuando, en realidad, es capacidad creadora). Jesús cuenta la historia del sembrador (cf Mc 4,3-20). Claro que la Palabra es eficaz, pero no hay fruto sin terreno apropiado. Y la verdad es que hay fincas manifiestamente mejorables. La respuesta a la primera crisis inaugura la formulación de la segunda: «Entonces, si el fruto depende tanto de nosotros, no hay quien resista» (o de cómo la capacidad creadora se confunde con el prometeísmo sin alma cuando, en realidad, es gracia que prepara, promueve y sostiene la libertad). Jesús cuenta la historia de la semilla que crece por sí sola (cf Mc 4 26-29). Mesías sólo hay uno. Al discípulo le basta con preparar el terreno y sembrar. Dios nos va trabajando por dentro, aunque no se adviertan a primera vista sus efectos. La tercera crisis se ve venir: «Si todo es tan invisible, al final, como siempre, nos quedaremos cuatro gatos» (o de cómo la verdad real se confunde con la verdad estadística cuando, en realidad, es un designio divino que excede las mediciones de los cuestionarios). Jesús cuenta la historia del grano de mostaza (cf Mc 4,30-

32). Lo que en la siembra parece una cabeza de alfiler llega a ser un arbusto en el que anidan los pájaros. La desproporción salta a la vista, pero es una maravillosa desproporción.

El evangelizador probado sabe que esto es verdad. Pero lo sabe como se saben las cosas de la fe. A veces, sin embargo, no puede evitar algunas zozobras. Se siente tentado por el demonio de la ineficacia. No comprende por qué un buen número de bautizados participa en la eucaristía dominical y luego parece que este hecho no modifica nada la vida ordinaria, el estilo de vida de la sociedad (sus valores y sus contravalores). Se estima que una campaña de «buzoneo» es óptima si consigue entre un 8 y un 10% de respuesta. ¿Se aproxima a ese porcentaje la eficacia de la eucaristía dominical? Otras veces se siente nervioso porque la gente espera cosas concretas (una oferta de trabajo, un poco de equilibrio anímico, respuestas contundentes a problemas muy específicos) y se ve obligado a decir algo tan aparentemente ineficaz como: «No tengo plata ni oro; lo que tengo te doy: en nombre de Jesucristo, el Nazoreo, echa a andar» (Hch 3,6).

Pero en este «echa a andar» se concentra lo mejor de la eficacia cristiana. La fe es energía, no suplencia. Hemos recibido un estatuto de hijos libres, no de marionetas. Y, por lo tanto, somos queridos incondicionalmente antes, durante y después de nuestras respuestas. Sólo cuando esta verdad nos devora por dentro barruntamos en qué consiste la eficacia cristiana y no sentimos envidia de los 40.000 magos que «garantizan» un amor o una superación de la jaqueca a cambio de hacer de la vida humana un «scalextric» en el que, con un poco de cara, se pueden conocer cinco segundos antes las curvas y túneles del recorrido.

5. EL DEMONIO DEL INDIVIDUALISMO

Hay frases que asustan a cualquiera: «Sólo las personas son geniales, el grupo siempre tira para abajo»; «Si quieres que algo no funcione nombra una comisión»; «La parusía nos va a pillar inútilmente reunidos». Las tres contienen, por lo menos, un cincuenta por ciento de verdad. Las tres seducen a muchos y salen a veces de los labios de algunos evangelizadores. Pero las tres son venenosas como ellas solas porque enmascaran uno de los demonios que más estragos produce en la misión: el individualismo, la tendencia a hacer del evangelio un «yo-me-mí-conmigo».

Las raíces son muchas y no fáciles de desenterrar. Una es pseudo-religiosa: «A la hora de la verdad soy yo el que tengo que dar cuenta a Dios de lo que haga. No vale una disolución colectiva de la conciencia». Otra es, más bien, cultural: vivimos en la era del «yo» (adobado a partes iguales con ingredientes de Prometeo, Sísifo y Narciso) y todo lo que suene remotamente a colectivismo se rechaza. Hay, finalmente, una pragmática: «Tardo menos a hacerlo solo y, además, me sale mejor».

Los demonios individualistas existen. En caso de duda, conviene acercarse a ellos a través de alguna de las «Cartas del diablo a su sobrino», el delicioso libro de C.S. Lewis. Habitan en los equipos parroquiales y colegiales, en las comunidades religiosas, en los grupos que llevan la catequesis o la acción social. Todos suelen comenzar la travesía

evangelizadora haciendo un proyecto en común (porque así se recomienda hoy en pastoral) y, con frecuencia, acaban recalando en playas particulares: «A mí que me digan lo que tengo que hacer y que me dejen en paz». Pensar, trabajar, orar y revisar en común lleva tiempo, mortifica el propio «ego» y exige una desapropiación costosa. Por estos motivos el diablo suele inventar mil justificaciones travestidas.

El individualismo, en contra de lo que puede parecer a primera vista, no consiste en prescindir de los demás, sino, sencillamente, en saber usarlos. El evangelizador individualista se siente incómodo en los encuentros de programación, aborrece el discernimiento comunitario, pasa por alto las evaluaciones, ironiza sobre el testimonio colectivo: «La santidad para el que se la trabaja». Considera que todo esto es una moda pasajera y se entrega, como francotirador, a la evangelización furtiva. Lo que le importa es disparar. Detenerse a ver si son galgos o podencos lo juzga un «divertimento» estéril. No tolera entrar en diálogo con una postura diversa. Los demás le parecen una amenaza al ejercicio inteligente, enérgico y expedito de la acción pastoral. Pero no tiene ningún reparo en solicitar sus auxilios cuando no se basta por sí solo. El mismo que no aguanta un par de horas reunido («porque esto, tío, es una pérdida de tiempo») echa mano de los que le interesan, cuando y como le interesa. Es decir: se comporta como un perfecto capitalista del evangelio. El resultado, sin embargo, no puede ser más triste. El que camina en solitario raramente llega a la meta y, si llega, no tiene con quien compartir el éxito del camino. A lo más, disfruta de unos cuantos aplausos de cortesía.

Una de dos: o no hemos llegado a comprender el significado cristiano de la comunidad, o carecemos de la ascética imprescindible para traducirlo a la vida cotidiana, para acompañar nuestro paso con el de los demás. Claro que la dimensión comunitaria de la evangelización puede degenerar en colectivismos paralizantes o en rutina o en mediocridad. Claro que, a veces, nos perdemos por falta de organización o por exceso de planes. Sin embargo, ninguna de estas posibles deformaciones invalida el hecho de que la mayor parte de los encargos de Jesús sean comunitarios: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28,19); «No llevéis bolsa ...» (Lc 10,4-10); «Os he destinado para que vayáis y deis fruto» (Jn 15,16). El que trabaja en solitario y desconectado de la comunidad puede lograr que unos pocos hagan lo que él cree que tienen que hacer. Pero esto es siempre algo miserable. En clave individualista no se puede ser símbolo de un Dios que es comunidad. No hay posible construcción de la Iglesia «koinonía» a base de aventuras solitarias. Estas razones mayores no guardan proporción con algunas de las razones pragmáticas que constituyen el caldo de cultivo del demonio individualista.

Machado lo vio con ojos de poeta: «Poned atención: / un corazón solitario / no es corazón». Un evangelizador individualista no es un evangelizador. Ha hecho del adjetivo un triste sustantivo.

6. EL DEMONIO DE LA PLANIFICACIÓN

Aunque su nombre de pila es «planificación», en sus diversos carnés de identidad usa, por lo menos, media docena de apodos: plan, programa, proyecto, programación,

diseño ... En ocasiones, adopta títulos de más noble rango: código, catecismo, constituciones. Es un demonio moderno. Ha desarrollado desmesuradamente el hemisferio izquierdo del cerebro y, por eso, tiene una habilidad particular para razonar y planificar. De tal manera ha seducido a la iglesia en los últimos diez años que bien pudiera figurar en el catálogo de los ángeles buenos. Su estrategia consiste en reforzar, con argumentos «realistas», la verdad deslumbrante de la razón instrumental. La fe es «también» una experiencia humana. La evangelización es «también» un fenómeno relacional sujeto a los códigos de la comunicación, un entramado de objetivos, líneas operativas y actividades. Por lo tanto, «también» la fe -o, por lo menos, sus preámbulos y sus derivaciones- puede ser planificada. Dejar todo esto a la interna regulación que nace de la experiencia original podría hacernos víctimas de comportamientos pasionales, precientíficos, subjetivistas y, en definitiva, poco productivos.

¿Que el pluralismo de nuestra sociedad abierta amenaza con resquebrajar los cimientos del dogma y de la moral? ¡Nada mejor que editar un buen Catecismo! ¿Que el primado del sujeto debilita el sentido de la autoridad y pone en peligro el funcionamiento correcto de la iglesia? ¡Hay que promulgar un Código! ¿Que escasean los candidatos en un instituto religioso? ¡Lo que pasa es que falta un plan de pastoral vocacional! ¿Que en una parroquia periférica sólo participa en la eucaristía del domingo el 5% de los feligreses? ¡Es urgente confeccionar un proyecto de alejados!

Un catecismo, un código, un plan y un proyecto nos recuerdan que profesamos una fe encarnada y que la acción del Espíritu no es una «gracia barata» que desciende en paracaídas sobre nuestro humano territorio. Son útiles para encauzar y desarrollar una realidad que posee en sí misma energía automotora. Pero cuando ésta no existe o se halla muy debilitada, los códigos y planes no sirven para nada. O mejor: enmascaran, con el lenguaje «realista» del ver-juzgar-actuar, una pérdida de horizonte y de rumbo. En muchos casos, la planificación certifica, en medio de la crisis con la que vivimos hoy la fe, la falta de coraje para aceptar una realidad incontrolable. Constituye una salida hacia adelante, una justificación de que, por lo menos, «estamos intentándolo» y de que no se nos puede pedir ninguna responsabilidad si no se logran más frutos en el arduo campo de la evangelización. Sin embargo, lo que nace de un voluntarismo muerto no puede generar vida, aunque venga revestido con el envoltorio brillante del lenguaje técnico. Jardiel Poncela nos ha avisado que «los muertos, por mal que lo hagan, siempre salen a hombros».

Muchos evangelizadores se muestran miedosos frente a los enormes desafíos que nos toca vivir. Les sucede lo mismo que a los perfeccionistas: sólo se sienten seguros con lo que controlan. Y hoy, casi todo es incontrolable. Por eso experimentan un miedo subterráneo. Quisieran atar bien todos los cabos y notan que se sueltan por donde menos lo esperan. Con frecuencia, este miedo a perder definitivamente el enganche con la realidad suele ocultarse bajo una planificación compleja. Seguimos creyendo que el axioma «conocer para transformar» es tan básico en la evangelización como en el mercado. Y nos esforzamos en afinar los análisis culturales y el conocimiento de los rasgos del hombre contemporáneo para planificar después una respuesta evangélica correlativa. Muchas veces, sin embargo, esta planificación «intenta enfrentarse a las necesidades del momento con los ojos cerrados, quiere superarlas sin explorarlas con detenimiento y, por tanto, pasa necesariamente por alto las auténticas alternativas» (Metz).

Medio millón de catecismos vendidos, numerosos documentos de la Conferencia Episcopal, proyectos pastorales de parroquias y colegios no producen, como hubiéramos deseado, lo único que enciende la fe: la experiencia de un encuentro. El «demonio de la planificación» lo sabe y por eso juega con nuestros buenos deseos desviándolos hacia metas falaces que, por otra parte, conectan bien con el espíritu planificador de nuestro tiempo. Si la fe es, esencialmente, una experiencia de encuentro en la que, en nuestra búsqueda de la realidad, nos sentimos sorprendidos por Alguien que nos ha amado «cuando aún éramos pecadores» (Rm 5,8), su transmisión debe prolongar la dinámica del encuentro. Todo hombre tiene derecho a ser personalmente amado cuando aún no llama a nuestra puerta. Por aquí se empieza.

¿Proyectos? Sí, gracias, pero primero son las narraciones. Que corran de boca en boca las historias de gracia que el Espíritu sigue escribiendo hoy. Que los evangelizadores cuenten cómo ellos mismos continúan con esfuerzo la carrera después de haber sido «alcanzados» por Cristo Jesús. El demonio no resiste estos relatos de carne y hueso. Y que luego se sienten en una mesa y dialoguen sobre los objetivos que conviene establecer para el curso 93-94.

7. EL DEMONIO DEL PROFESIONALISMO

Querido Javier:

Te escribo desde lejos. 250 kilómetros de Madrid. 800 metros sobre el nivel del mar. Te escribo desde un diminuto desierto. Se da la distancia física suficiente para decirte un par de cosas sin rodeos. Se da, por supuesto, la cercanía espiritual imprescindible para hacerlo confiado.

Te aprecio mucho, aunque no te lo diga. Esta es la primera. La segunda es de otro orden: te admiro bastante, pero algo menos que los padres de los chicos que hay en tu comunidad. Ellos se deshacen en elogios. Ven muchas cosas. O sea: que te pasas la semana de reunión en reunión, que consigues subvenciones de la Comunidad Autónoma, que echas horas de ordenador confeccionando folletos, que preparas celebraciones de impacto, que eres simpático, y que lo mismo disparas tres tacos oportunos, si la ocasión lo requiere, que te pones místico en una eucaristía. Ellos ven que vas a su casa a celebrar el cumpleaños de Noelia, que comentas lo de su tonteo con uno de los monitores. Ellos, Javier, te consideran un cristiano como Dios manda. Y dicen: «Ojalá hubiera muchos como tú».

Yo también he visto eso. Desde fuera, me parece una espléndida traducción de tu natural generosidad y de tu fe originaria. Pero veo también otras cosas que a ellos les pasan desapercibidas. Veo que a veces te enfadas con los chicos porque no «te» oran, porque no «te» asisten a todas las reuniones, porque no se están tomando en serio el evangelio de Jesús, porque están con un pie en Dios y con otro en el diablo. He sido testigo de algunos desahogos razonables. ¿Cómo pueden hacerte esto a ti? Tú les estás entregando «tu» tiempo, «tus» palabras, «tus» folletos. Vas con ellos al bar, usas su lenguaje. Organizas

campamentos de verano y no te importa nada tirarte tres horas hablando con cualquiera si es necesario.

En medio de este vértigo, ¿te has parado a pensar lo que dice tu corazón? ¿Qué sientes, por ejemplo, cuando te retiras a casa después de un fin de semana repleto? Detente con penetración y humor en lo que ha sucedido. A lo mejor les has hablado enérgicamente sobre la oración. Sin embargo, tú no has orado. Has organizado un tiempo de plegaria, pero tú no has orado. Tu corazón no se ha entregado por entero.

Un fin de semana más has sido incapaz de asistir a una reunión menos, de recortar un tiempo de bar ... para hablar a solas con el Padre. Si llevas mucho tiempo sin hacerlo, ¿a qué vienen tus enfados con los chicos? Tú les repites a menudo el estribillo de que la fe es comunidad. Y dices lo mejor que sabes sobre el respeto al otro, sobre el cuidado de los pequeños detalles, sobre la importancia de perder tiempo gratuitamente con los hermanos que Dios nos da. Sin embargo, Javier, tú pasas bastante de tu comunidad y de tu familia. Las instrumentalizas. Las conviertes en una estación de servicio. Y, a veces, incluso, las criticas sin misericordia. También les hablas de la austeridad en una sociedad consumista y de la armonía como ideal de vida frente a la fragmentación posmoderna. Pero tú eres un perfecto monumento al desequilibrio. Empalmas reuniones como cigarrillos. Y cigarrillos como reuniones. Con frecuencia te acuestas a las tantas. Y siempre tienes algo muy urgente que hacer.

Por alguna rendija, inadvertidamente, se te ha colado el demonio del profesionalismo. Su mensaje es claro: «Haz muchas cosas. Sé dinámico. Cuida las formas. Cánstate por los otros para que de esta manera tengas conciencia de que estás haciendo algo. No te pares». Este mensaje actúa en ti como un programa de ordenador. No sabes ya conducirte de otra manera. Te obsesiona sacar adelante un proyecto, obtener buenos resultados. Te obsesiona, sí, aunque te parezca de mal gusto comentarlo. Si hay alguna acusación que no soportas es la de chapucero. Hoy no se puede permitir esto. Vivimos en una sociedad especializada. Ser profesional es un grado, como la veteranía. Y tú, a diferencia de los antiguos aficionados, perteneces a una generación de evangelizadores «preparados».

¿Cuánto tiempo estás dispuesto a convivir con este engaño? ¿Cuántos cientos de reuniones necesitas para caer en la cuenta de que la mejor catequesis sobre la oración es que tú ores con sencillez y que un día, si es necesario, les digas a «tus» chicos: «Nos vemos luego. Me espera un buen amigo»? ¿Cuándo entenderás, sin sentirte por eso un chapucero, que el evangelio no es cuestión de profesionales sino de testigos? ¿Cuándo, por fin, dejarás que el Espíritu haga adultas a las personas y eliminarás de tu lenguaje ese inútil posesivo: «mis» chicos, «mis» ...?

Javier, hay dentro de ti un evangelizador como un templo. Dios te ha dado todo lo que necesitas para serlo. Deja que nazca. No lo destruyas poniendo en primer plano un personaje sin persona, una función sin alma, una actividad sin energía. El tiempo es ahora.

8. EL DEMONIO DE LAS REBAJAS

Querido José Ángel:

No estoy seguro de que esta carta llegue a tus manos. Ni yo leo Atalaya ni tú lees Misión Abierta. Y, sin embargo, desde el día 1 de abril en que coincidimos en el autobús Madrid-León, he sentido necesidad de escribirte. Tú no eres un testigo de Jehová cualquiera. Me sorprendió tu seguridad y tu tolerancia, un matrimonio poco frecuente en los neoconvertidos. En el campo del dogma hay muchas cosas que nos separan. Yo sí creo en el Dios uno y trino y en la divinidad de Jesucristo y en la voluntad salvífica universal de Dios. No acepto una lectura tan literal de la Biblia. Pero, ¿qué sentido hubiera tenido, a la altura de Villacastín o de Arévalo, habernos enzarzado en discusiones complejas cuando el ángel de la conversación nos estaba llevando por otros derroteros?

No soy quién para juzgar tu apostasía de la fe católica y tu estrenada fidelidad a esa «congregación» que reúne en España a más de 90.000 fieles. Tampoco tengo ningún interés en repasar la lista de tus errores. Deseo agradecerte la luz que percibí en ti: primero en tus ojos y luego en tus palabras. No me hablaste ni con fogosidad proselitista ni con retórica profesional. Me hablaste con luminosidad. No pude averiguar si se debía a tu condición de electricista o a la madurez que habías logrado en los cuatro últimos años, tras tu nuevo bautismo después de hacer la mili. En cualquier caso, era evidente que anhelas un camino de vida auténtica, vigorosa, sin rebajas. Lo que me llamó la atención fue tu manera de situar este camino en el terreno de la radicalidad y no en el del rigorismo fundamentalista, como yo hubiera esperado para contraatacarte con humor.

En enero y en agosto los grandes almacenes reducen algo los precios para incrementar las ventas. Es la fiebre de las rebajas. Ya sabes la que se monta cada año. ¿Me considerarías un testigo de Jehová anónimo si te dijera que algo parecido sucede a veces en nuestra iglesia católica? Tú me lo hiciste ver con ojos de católico desencantado. No me hirieron tus apreciaciones exageradas sino la dosis de verdad que escondían. Te lo reconocí con la boca pequeña. Ahora, en la soledad de mi cuarto, a las 11.15 de la noche, lo veo con más nitidez. Estoy convencido de que el evangelio es para todos. Esto significa que posee el vigor suficiente para llegar al corazón de cualquier hombre o mujer en toda su integridad. Que es una buena noticia siempre, aunque no conecte con las aspiraciones superficiales de una persona o de una época. ¿Será necesario entonces asestarle unos cuantos recortes para hacerlo más atractivo? ¿O todo recorte lleva aparejado siempre un déficit de felicidad porque supone una claudicación ante el demonio de las rebajas?

Te lo voy a decir como lo juzgo. No me parece igual orar de ciento al viento que orar todos los días, pensar en lo mal que están los pobres que vivir con ellos, participar en la eucaristía del domingo que permanecer en la cama. No es lo mismo tener un sueldo que dos, leer la Biblia que leer una novela, controlarse sexualmente que dejarse llevar de cualquier impulso. Hay una gran diferencia entre destinar diez mil pesetas mensuales a Cáritas y gastárselas en el bingo, entre buscar la voluntad de Dios y contentarse con cumplir lo mandado. A veces, viéndome a mí mismo, viendo a los evangelizadores de mi iglesia, me pregunto si no habremos confundido la misericordia con la rebaja, la comprensión con el pasotismo, la libertad de hijos con la irresponsabilidad de sirvientes. El evangelio es gratuito, pero no es barato. El evangelio no conoce fronteras, pero no matrimonios con cualquier cosa.

No hubieran crucificado a Jesús por contar historias inofensivas o por haber vivido cambiando siempre de chaqueta.

Desde hace tiempo doy vueltas a un hecho sorprendente. ¿Por qué Jesús, el tuyo y el mío, es tan tajante con las opciones y tan comprensivo con los comportamientos? ¿No será porque es la única forma de hacer justicia a la verdad soberana y al hombre en camino? Repasa sus encuentros con Zaqueo, con la samaritana, con el joven rico, con la adúltera. Es siempre la misma historia. Cuando se ama de veras todo se perdona, pero no todo se admite. Un amor con el precio rebajado puede ser una ganga, pero deja de ser amor. ¿No te gustaría pertenecer a esta raza de evangelizadores que se asemejan al exigente y comprensivo Jesús? Es la única manera de proponer el evangelio sin que resulte una losa o una hamaca.

No está dicho que no volvamos a encontrarnos en algún camino. Mientras esto ocurre, no pierdas, por favor, tus ansias de una vida sin rebajas. A mí me han ayudado a seguir.

9. EL DEMONIO DE LA RUTINA

Querida María:

No me resulta fácil dar con el séptimo demonio. Entre el sopor del verano y la magia del guarismo me pierdo. Pero sé que existe. He sido en más de una ocasión su víctima. Y lo he visto en otros. Déjame que te cuente alguna de sus historias. Ya sé que en Africa tendrás que enfrentarte a demonios de otra especie, pero te será útil saber de qué pie cojea este.

Laura y Santi llevan seis años de novios. La cosa empezó cuando él tenía 20 y ella 19. En este mes terminan la carrera. No pudo ser en junio. De suyo, ahora les tocaría casarse. Tiemblan. Tal vez lo dejen. Les asusta emprender un camino desgastado. No tienen nada que contarse. El tiempo se les va en discutir siempre las mismas cosas. Ni siquiera les quedan ganas para reconocer que «fue bueno mientras duró». Es el mordisco de la rutina.

Florentino lleva cuatro años de cura. Le tiene miedo a septiembre. No le apetece lo más mínimo imaginar. La palabra programación le produce insomnio. Y no por las razones de Picasso. Él decía que «si se sabe exactamente lo que se va a hacer, ¿para qué hacerlo?». Era un elogio de la creatividad. Florentino se apunta sólo a la costumbre.

«Ah, la sobria belleza del Misal Romano». Se lo oí a un cura de edad mediana. Lo decía para no mojarse. Luego se embalaba en una reprobación de las creatividades huera que hoy se estilan en liturgia. «No hay nada como el poso de la experiencia». Aunque suene bien, no te creas que es una frase de San Pablo o de Séneca. Se la escuché a un viejo profesor que llevaba diciendo las mismas cosas durante más de cuatro lustros. «A mí que me dejen la misa de nueve». Otra perla de cura sexagenario. Y van más de quince años de fidelidad horaria.

Estoy seguro de que estas historias no te resultan extrañas. Tú, por gracia, eres de otra pasta. Para ti cada día es como un parto, aunque no te hayas especializado en obstetricia. Primero fue, de niña, en la lejana América. Luego en la llanura de Castilla. Después de un semestre en Amberes, será en África, como médico al servicio de los más pobres. Me pregunto si para vencer este maldito demonio hay que cambiar tantas veces de escenario. Tu manera sencilla de poner alma en cada detalle es la mejor contestación. Rutina no es, sin más, hacer siempre las mismas cosas sino hacerlas por mera práctica. Lo dice el diccionario. Cogerle las vueltas a un asunto y matar su misterio. Rutina es convertir en viejo todo cuanto se toca.

Me parece, María, que el séptimo diablo, diablo de septiembre, se llama rutina. Es hermano del diablo de las vacaciones. No creo que te lo hayan explicado en la clase de patología. Y eso que hay un montón de casos documentados. El diablo de la rutina suele disfrazarse de voz de la experiencia. Repite a menudo lo de «más vale lo viejo conocido» para acreditar sensatez y no levantar sospechas. Pero es un diablo de los pies a la cabeza. Tiene la rara habilidad de engatusar tanto a enamorados como a evangelizadores. A cambio les promete tranquilidad, visión *realista* de las cosas y tiempo para leer el periódico y echar la siesta.

¿Cómo puede anunciar la noticia *nueva* una Iglesia rutinaria? ¿Te imaginas a Jesús poniendo el disco de las Bienaventuranzas cada vez que reunía a más de veinte personas? Rutina es celebrar todos los domingos la misa de la misma manera: repitiendo hasta la saciedad «Tú has venido a la orilla» y exhortando a ser coherentes y comprometidos en este mundo consumista e insolidario. Rutina es lanzar la misma cantinela catequética a los chicos de confirmación, caiga quien caiga. Rutina es decir que el Catecismo de la Iglesia Católica no consiente la participación en la eucaristía a los divorciados que han contraído matrimonio civil y quedarse tan fresco con una respuesta redonda. Rutina es decir que la Iglesia no tiene impedimentos dogmáticos para admitir al ministerio ordenado a los casados, pero que hay razones pastorales que lo desaconsejan.

María, he oído que el sol naciente de África es como un parto. Si allí descubres mejor a Aquel que vino a hacer *nuevas* todas las cosas, que nos dio una *nueva* ley en odres *nuevos*, una *nueva* alianza ... ponme unas letras. No quisiera que el séptimo demonio tuviera la última palabra.

10. EL «ULTIMO» DEMONIO

Querida Lourdes:

Te escribo desde la habitación 508 de un hotel desconocido. A esta hora de la noche, en la calle Shamai, el termómetro no sube de los seis grados. Pero adentro se me agolpan los recuerdos cálidos de los últimos días. No puedo con ellos. Son muchos ... y de alta densidad. Todos, en un grado u otro, me han dejado la huella del Misterio. Te confieso que me he estremecido. Por eso esta noche me rebelo más que nunca contra un demonio que no sé etiquetar, pero cuyas aviesas tentaciones reconozco a cada paso.

Antes del verano me hablaste de las capillas *conceptuales*, de los espacios religiosos cargados de significantes y significados. No te gustan. Aborreces la acumulación de mensajes. Anhelas espacios que, en la simplicidad, transparenten el Misterio. He dado vueltas a tus palabras antes de tildarte precipitadamente de espiritualista. Ahora me parecen más luminosas que entonces. Ponen nombre a algo que observo a diario en nuestra iglesia, y que de ninguna manera puedo asociar a Jesús.

Pienso en los catequistas, en los estudiosos de la teología y de la pastoral, en los predicadores de la Palabra, en algunos obispos, en muchos laicos y ministros ordenados que tú y yo conocemos. Pienso en mí. ¿Cuántas veces hemos naufragado en el océano de las palabras vacías y aburridas, de la acumulación de matices, de la inflación de programas? Ponemos nuestra mejor voluntad en presentar atractivamente la fe, pero no logramos provocar ningún estremecimiento. Comprendo que la fe, como nos enseñó Paul Tillich hace décadas, no se identifica con los conceptos, emociones o voliciones que la expresan. Comprendo también que la búsqueda de su inteligibilidad le es inherente. Me hago cargo de que conmover, estremecer y provocar son verbos de mala reputación en bastantes ambientes eclesiales. Pero, por encima de todo, creo que la fe es la experiencia de un encuentro. Y me cuesta llamar evangelización (de vanguardia o de retaguardia) a las tareas que no llevan la marca de un encuentro, que no suscitan, aclaran o acompañan el estremecimiento ante el Tú de Dios en el misterio del tú humano.

¿Se te ocurre imaginar a alguien más cabal que Jesús, a alguien que satisfaga mejor que Él los controles de calidad de los evangelizadores más exigentes? Preguntémosnos, una vez más, cómo evangelizaba Él. Dejemos que lo suyo nos cure y nos contagie. Él reveló el notición del cariño de su Abbá a cada hombre, en una situación concreta, con un gesto o con una palabra a la altura de su indigencia y de su anhelo. Jesús conocía como nadie el corazón de Dios Abbá y el corazón de todo hombre. Vivió para juntar corazones.

Lourdes, ¿por qué conocemos tan poco el corazón de Dios Abbá? ¿Por qué hablamos tan poco de él y nos embalamos en palabras sobre la pastoral de opciones y sobre el nombramiento de párrocos? ¿Por qué conocemos tan poco del corazón de cada hombre y preferimos hablar de sujetos preferenciales, pedagogía del umbral y condiciones de posibilidad? ¿Por qué no hay más evangelizadores expertos en *cardiología*? ¿Cómo podemos transmitir que Dios es Abbá al adolescente que se pasa tres horas con un videojuego y todavía no sabe lo que significa creer? ¿Cómo podemos poner en contacto con Jesús a ese viejo amigo que estudió hace años en un colegio religioso y que hoy ironiza sobre el montaje eclesial que él cree conocer por dentro? ¿Nos queda todavía algún gesto para los millones de personas que sí creen en Dios, pero que afrontan la vida con tristeza?

Si se nos ocurre hablar de la «pastoral del Misterio» nos van a echar los perros de la teología de la encarnación. Pero tú y yo sabemos que estamos hablando de otra cosa. No son estos los perros que más pueden mordernos. Gabriel Marcel nos enseñó a distinguir el misterio del problema. Y sólo nos atrevemos a denominar con el primer vocablo lo que tiene que ver con Dios: su amor paterno/materno. O sea: su Hijo, el Espíritu que procede de ambos, el hombre hijo y hermano, la comunidad de los que creen, la libertad, la belleza y la solidaridad dondequiera que se encuentren. Lástima que, una y otra vez, hagamos de esto una ristra de problemas. Acabamos perdiendo.

La pastoral del Misterio exige de nosotros un trasplante. Y hasta una alteración de la gramática. Hay que dejarse hacer antes que actuar. Hay que admirarse antes que transformar. Hay que escuchar antes que hablar. Hay que auscultar el corazón antes que disparar la cabeza. Hay que dejarse querer mucho por Dios Abbá para que no salga de nosotros un amor contaminado.

Al demonio no le gusta el corazón estremecido. Prefiere que abunden evangelizadores de verbo y de cabeza. Pero esta es nuestra trampa. Que el Niño, cuyo nacimiento revivimos, nos conceda acoger el misterio de un Corazón enamorado.